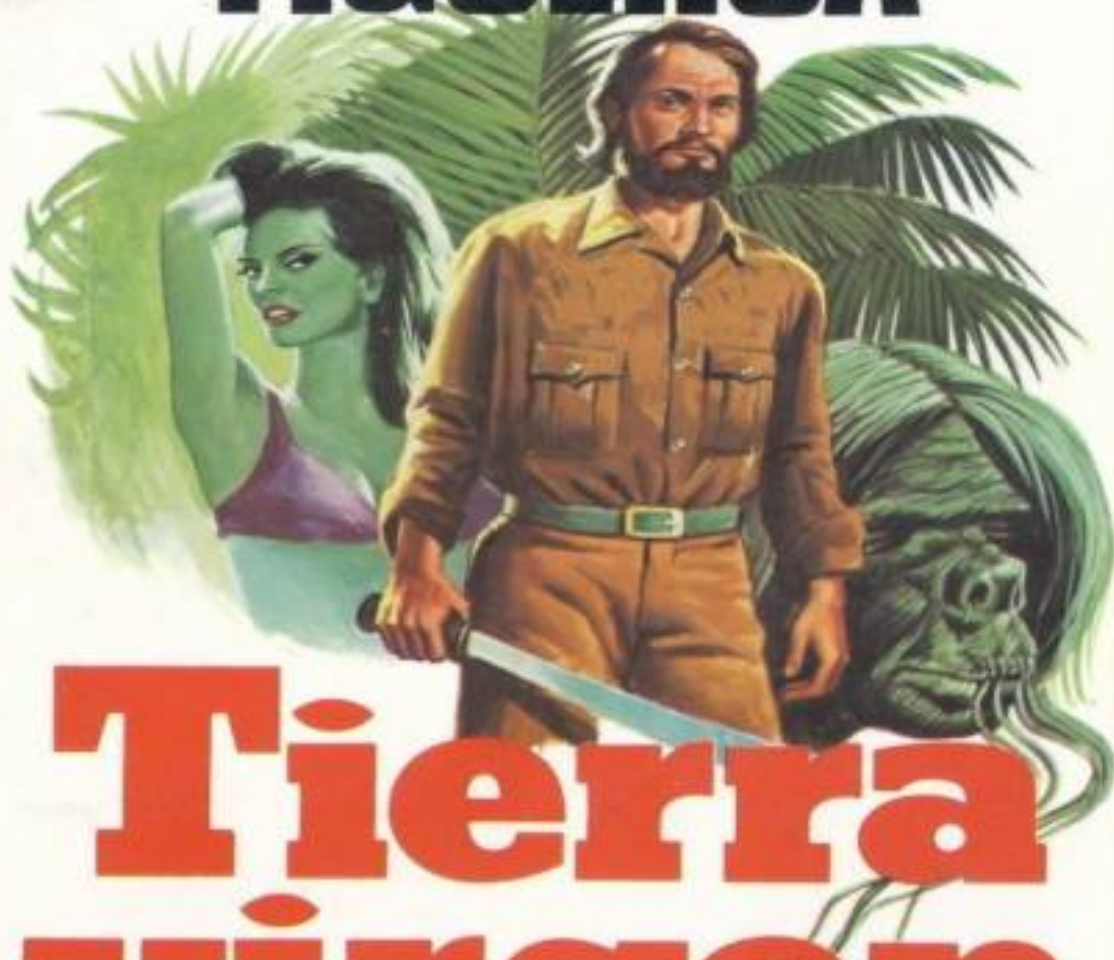


A. VAZQUEZ- FIGUEROA



Tierra virgen

Impresionante viaje novelado que nos muestra los efectos causados por la civilización en una tribu primitiva.

LA DESTRUCCION DEL AMAZONAS

Un soldado norteamericano que ha vivido la guerra de Vietnam lo abandona todo y se refugia en el corazón de la selva amazónica, en el país de los yubani.

Aprende a convivir con los indígenas, a los que comprende perfectamente y cuya vida está impregnada de lógica natural, sin presiones de ninguna clase.

Pero los ingenieros blancos quieren trazar una carretera que pase por el país Yubani, pese a la existencia de un tratado que protege sus tierras.

A pesar de llegar a ciertos acuerdos para respetar el tratado, el mero contacto con los blancos hace que los yubani se encaminen hacia su extinción.

Le despertaron las loras de siempre, discutiendo en el árbol de siempre.

Contempló el cielo y el bosque a través del enrejado de cañas, y a intervalos pudo distinguir dos mariposas que se perseguían. Le bastó una ojeada para saber que no le interesaban; nadie daría por ellas más de veinte pesos.

Decidió levantarse, y apenas puso los pies en el suelo comprendió que habían estado allí aquella noche.

Un ligero estremecimiento le recorrió la espalda. Probablemente se habrían acucillado junto al camastro, contemplándole durante horas, quietos como estatuas, con los malignos ojillos fijos en su rostro, observando incansables cómo respiraba una y otra vez, acompasadamente, preguntándose —si es que eran capaces de preguntarse algo— dónde estaría la mente del hombre que dormía.

¿Cómo podrían imaginar sus sueños?

¡Debían estar tan lejos de su entendimiento...!

De niño, cuando *Tom-Tom* gruñía y se agitaba durmiendo, le había preguntado a su padre qué soñaban los perros.

—No lo sé —le respondió—. Tal vez persigan gatos, cacen liebres o corran tras el cartero... Tal vez tengan un mundo propio que no conocemos.

Entonces se quedaba muy quieto, contemplando a *Tom-Tom* durante horas, intentando penetrar en el misterio de su mente y aquel mundo canino que los hombres ignoraban.

Y ahora él estaba en el puesto de *Tom-Tom*, y ellos venían a estudiarle mientras dormía.

¡Dios, qué horror experimentarían si pudieran penetrar en sus sueños! Sus oídos jamás habrían sentido, —ni con el más brutal trueno, de la más fiera tormenta— fragor semejante al de una bomba de napalm que estalla; y sus ojos no habrían visto —ni el más rugiente de los volcanes— infierno parecido.

¡Pobres salvajes, que nada sabían del auténtico salvajismo!

Salió de la cabaña, y al pasar por la tosca mesa, recogió un pedazo de casabe y una pata del mono que le sirvió de cena la noche antes. Alguien se había comido parte, y los huesos, mondos hasta lo increíble, aparecían cuidadosamente amontonados en un rincón, junto al camastro.

Un sol brillante comenzaba a trepar por las copas de los árboles, allá a lo lejos, al otro lado de la ancha laguna, quieta y luminosa. Una garza cruzó volando bajo, casi rozando el agua con las puntas de las alas, y un pececillo saltó sobre la superficie, tal vez persiguiendo a una mosca; tal vez perseguido por otro pez mayor.

Consultó las huellas en el barro. Habían sido cuatro, y entre ellos estaba el que conocía por Kano, dueño de la más larga cerbatana del territorio. Su forma de caminar resultaba inconfundible; su deforme huella no tenía semejanza a ninguna otra.

¿Por qué ese misterio? ¿Por qué llegar de noche, sentarse a mirarle, comer algo y marcharse sin aguardar el día?

Era, quizá, una forma de imponerle su condición de huésped. Vivía en la laguna, porque ellos así lo querían. En cualquier momento podían expulsarle. Podían incluso quitarle la vida, sin dar cuenta a nadie. Con frecuencia venían a recordárselo, y él lo aceptaba. Era el tributo que debía pagar por la paz de aquellas tierras.

Aspiró profundo. El olor a bosque, a tierra húmeda, a hojas putrefactas, a flores de perfume demasiado denso, le caló muy hondo.

Era el olor de la selva en la mañana, tan distinto al aire de la noche, e incluso al pesado y silencioso calor del mediodía.

En la Amazonia, los olores cambiaban con el día, como cambiaba la intensidad de la luz, o las mil tonalidades de los más altos árboles.

Nunca hubiera creído que alguna vez sabría la hora en que vivía por el canto de los pájaros, la densidad del aroma de las flores, o la luminosidad de las copas de los árboles.

—¡Había tantas cosas que nunca imaginó de sí mismo, y que llevaba años descubriendo...!

Se acercó a la orilla, rebuscó en el fango y sacó un gusano gordo y blanco, que ensartó sin pena en el anzuelo. Lanzó el sedal al agua, ató el extremo a una rama y volvió a la penumbra de la cabaña.

Estudió el dibujo. Era un buen trabajo que compensaba su dedicación de una semana... ¿Había sido una semana...? A medida que ganaba la noción de las horas, perdía la noción de los días, las semanas y los meses. Y es que allí el tiempo carecía de valor, y tan sólo importaba cuál era el momento mejor para la pesca, la hora oportuna para cazar monos, o el instante de acechar mariposas.

El día, no importaba.

Ni el mes... ¿Qué mes sería?

Probablemente enero, pero eran todos tan iguales...

Un pez chapoteó en el agua.

Con el segundo salto comprendió que intentaba liberarse del anzuelo. Corrió a la orilla y haló el sedal, despacio. Era un hermoso bagre de casi diez kilos, que presentó pelea largo rato.

Le entusiasmó la lucha: el tira y afloja sin darle nunca suficiente liña como para buscar refugio en el manglar, pero sin arriesgarse, tampoco, a partir uno de los escasos sedales que le quedaban sanos.

Cuando, al fin, el bagre se dejó arrastrar mansamente por entre los nenúfares de la orilla, se introdujo en el agua

y, de un solo manotazo, rápido y certero, lo enganchó por las agallas y lo lanzó a tierra.

Lo observó mientras coleaba al pie del árbol, con los ojos cada vez más saltones y la boca muy abierta, buscando el oxígeno que no lograba extraer del aire.

«Demasiado grande —pensó—. No podré comérmelo...».

Se volvió hacia el pantano, a la orilla lejana, donde nacía la trocha que serpenteaba hacia el último campamento yubani.

—Tal vez aún estén allí... Si han venido esta noche, es que andan cerca...

Buscó un mazo, y de un solo golpe reventó la cabeza al bagre. Desprendió el anzuelo, enrolló cuidadosamente el sedal, y lo colgó de un clavo en la choza. Luego, sin prisas, cargó su presa en el frágil cayuco y comenzó a remar mansamente sorteando nenúfares y cañaverales.

A mitad del pantano se detuvo. Alzó el canalete, y el gotear del agua que escurría era cuanto podía escucharse en la quieta mañana. La embarcación perdió su impulso y se detuvo. Las loras apenas eran ya más que un rumor lejano; la brisa, muy suave, traía un perfume verdeoscuro, de selva virgen, pero ni un solo ruido, ni voz humana, ni estruendo de máquinas, ni cantos, ni risas...

Nada.

El mundo estaba en calma y en silencio.

En completo silencio.

Y eso era lo que siempre había deseado...

Un mundo quieto y en paz consigo mismo; un mundo en el que ni un sonido, ni un color, habían cambiado en miles de años; quizá desde el día en que fue creado.

Se recostó en el cayuco, apoyó la nuca en la borda y dejó que el sol de la mañana curtiera su piel, ya curtida en cien mañanas semejantes.

El bagre golpeó la madera con el postrer coletazo de su despedida al mundo de los vivos, y tan quieta estaba el

agua, que creó una ligera onda que se perdió a lo lejos.

Luego llegó, silenciosa, una libélula, que detuvo su vuelo y buscó descanso sobre el pie desnudo.

La contempló largo rato, sintiendo el cosquilleo de sus patas, sin hacer un solo movimiento para espantarla.

—Buen lugar elegiste —susurró—. ¿Muy cansado ese volar constante... de un lado a otro...? ¿Cómo diablos puedes mover las alas tan aprisa...?

Una suave somnolencia comenzó a invadirle. Estuvo tentado de cerrar los ojos y quedarse allí, cara al cielo, pero el zumbido de un moscón le hizo recordar que el pez estaba al sol.

Acomodó su posición y hundió en el agua el canaleta, enfilando hacia la entrada de la trocha. Al saltar a tierra, lanzó el bague al agua, y allí mismo, en la orilla, lo abrió en canal, arrojando al pantano las entrañas. Aún chorreando, lo colgó de una rama alta, a la sombra, bien visible para quien recorriera aquella pica salpicada de huellas frescas.

Entre tanta huella, descubrió fácilmente las de Kano, el de los pies deformes, dueño de la más larga cerbatana del territorio.

Subió al cayuco y emprendió el viaje de regreso.

Al entrar en su cabaña encontró, colgando de una viga, un pequeño mono despellejado y recién muerto.

Alguien le devolvía el obsequio.

Lenta, muy lenta, avanzaba la tarde.

Sentado en la rama, estudiaba el claro. Conocía de memoria cada flor, cada hoja, cada tallo, y aun los troncos de los árboles vecinos; sus copas, sus lianas, la sombra que daban en cada momento del día, su olor e, incluso, su voz cuando los agitaba el viento.

Conocía aquel claro como los rasgos de un ser amado; los ojos de su madre, la boca de Lola, el morro de *Tom-Tom*.

Lentas, muy lentas, avanzaban las tardes.

Había perdido la cuenta de cuántas dejó pasar sentado en la rama, con la red en la mano, esperando la aparición de las mariposas.

Descubrió aquel claro al mes de llegado, y desde ese día, rara era la ocasión que no le ofrecía una nueva presa. A veces creía que todas las mariposas de la Amazonia tenían, pronto o tarde, alguna cita en el quieto rincón cuajado de flores.

Y allí fueron cayendo, una tras otra; de la más vulgar a la más valiosa, auténtica mina del más exigente coleccionista.

Se recostó en la rama y miró hacia arriba. A veces bajaban desde los ochenta metros de las más altas copas, águilas diminutas que se abatieran de pronto sobre una flor brillante. Otras, nacían de las sombras del bosque, indecisas con su volar titubeante, dudosas en la elección de la flor de su gusto. La más, surgían de improviso, como nacidas del suelo, libando allí donde un instante antes no había nada.

Tenía que estar atento, porque a menudo sus colores se confundían con los colores de cuanto las rodeaba, y sus for-

mas no se distinguían de las formas de las hojas, las flores o las ramas. Su mimetismo podía ser tan asombroso, que resultaba imposible descubrir —sobre un metro cuadrado de terreno— el punto exacto en que una de ellas se había posado. Y, súbitamente, lo que parecía un pedazo de madera podrida o una hoja seca, alzaba el vuelo y se perdía de vista en la distancia, dejando al cazador con la red en el aire y el gesto embobado.

Su mirada vagó hacia lo alto, hasta quedar aprisionada en una orquídea nacida en equilibrio sobre el abismo, justamente en el ángulo de unión de una rama y su tronco.

Lila y blanca, había elegido el lugar que habría elegido un «viet» para tender una emboscada.

Los recordaba allí trepados, amarrados al árbol, dispuestos a no bajar hasta que los bajaran a balazos, y aun muertos continuaban pegados a la rama y al tronco, pudriéndose; sirviendo de comida a moscas y gusanos.

¿Quién podría luchar contra quienes no temían a la muerte, ni al hambre, ni a pasar cincuenta horas colgando a veinte metros de altura? ¿Quién los vencería, si de igual modo se escondían más tarde bajo tierra, y allí permanecían por semanas; topos humanos que jamás necesitaban la luz ni el aire?

¡Lucha inútil, en la que había perdido tanto tiempo, tantas fuerzas y tantos amigos...!

Sonrió para sus adentros: había cambiado el fusil por la red, y los «viet» por mariposas...

Cambió la guerra por la paz, la ciudad por la selva; la multitud por la soledad... El humo por el aire; el estruendo por el silencio; el miedo por la calma... Las fábricas por los árboles; el auto por el cayuco; el uniforme por la desnudez... Las órdenes por la libertad; la muerte por la vida; lo feo por lo hermoso... La «civilización» por la Naturaleza...

Atrás habían quedado Chicago y el Vietnam, el frío y la muerte, la contaminación y el napalm, la hediondez y la intransigencia...

Y Clarence...

Respiró profundamente como si quisiera llenarse los pulmones de aquel aire denso y perfumado, expulsando viejos recuerdos. Pensó en cien mil personas saliendo del trabajo, enfundadas en abrigos grises, cabizbajas y presurosas, entumecidas por el frío, asfixiadas por el humo, apretujadas frente a las entradas de los suburbanos y los autobuses; maldiciendo cada monótono y mil veces repetido gesto de su vida, y contempló, agradecido, la pequeña nube blanca que cruzaba despacio un cielo muy azul y muy limpio, más allá de las copas de los mil millones de majestuosos árboles de la Amazonia.

Escuchó el canto del primer «pájaro-bombardero» de la tarde, y el silbido amoroso de una gallinaza de plumaje pardo. Una coral venenosa se deslizó a tres metros de distancia, y se perdió de vista entre las cañas bajas que crecían a la orilla del charco, buscando, quizá, un sapo desprevenido.

A estas horas, en este mes... ¿qué mes sería?, ya estaría cayendo la oscuridad sobre Chicago; ya se encenderían las luces; ya los drogadictos, los homosexuales y las putas comenzarían a adueñarse de las calles.

Un hombre caería sobre la mojada acera, vencido por el estruendo, el humo y la suciedad de la ciudad sin alma, y cientos de personas cruzarían a su lado, sin mirarle, sin detenerse, sin más preocupación que no pisarle en su rápida marcha, atentos tan sólo a evitar un problema más entre tantos millones de problemas.

El amanecer y la caída de la tarde fueron siempre los peores momentos en la ciudad. Al amanecer, camino del trabajo, con el frío y el sueño, y a la caída de la tarde, de regreso a casa con el cansancio y la tristeza.

Pero en la selva, aquéllas eran las mejores horas.

El suave amanecer, lleno de perfumes y de luz tan limpia, y la puesta de sol, con el cielo teñido de un rojo inten-

so, las loras despidiendo al día, y las garzas cruzando hacia el oriente en procura del sueño.

Parpadeó asombrado: Kano, el de los pies deformes; el de la increíble cerbatana, había surgido en el centro del claro y le miraba rectamente a los ojos.

Saltó de la rama y marchó a su encuentro. Se detuvo frente a él, y el yubani extendió el brazo, abriendo la mano, en la que aparecía una mariposa amarilla, destrozada, y con las alas rotas.

—¿Te gusta...?

Tomó con exquisita deferencia el inútil cadáver y agitó repetidamente la cabeza en gesto afirmativo:

—Me gusta...

Luego rebuscó en el único bolsillo de su pantalón, extrajo un sedal de unos dos metros y un anzuelo clavado en un corcho y se lo tendió al salvaje.

—¿Te gusta...? —inquirió.

Kano tomó el anzuelo y se acuclilló, sin abandonar por ello su larga cerbatana. Estudió con detenimiento el anzuelo y probó la resistencia del sedal.

—Me gusta —afirmó. Luego, observó largamente al hombre blanco, que le había imitado, acuclillándose frente a él. Meditó unos instantes y, al fin, se decidió—: Yo hermana vendo... —señaló el afilado machete que pendía del cinturón—. Tres como ése —concluyó.

Trató de imaginarse el aspecto de aquella hermana, pero prefirió desechar la idea. Agitó la cabeza negativamente, y señaló la larga cerbatana.

—No quiero mujer... Quiero cerbatana... —Se tocó el machete—. Dos como éste...

El salvaje le miró al fondo de los ojos. Por último, hizo un gesto afirmativo:

—Kano traerá...

El indio se puso en pie, dio media vuelta y se alejó rápidamente para perderse de vista —como una sombra— entre los primeros árboles.

Permaneció largo rato inmóvil en el mismo lugar, con el cadáver de la mariposa entre los dedos, mirando sin ver el punto por el que el yubani había desaparecido. Al volver a la realidad, comprendió que se estaba haciendo tarde y era tiempo de emprender el regreso a la cabaña, antes de que la «plaga» —el ataque de millones de mosquitos— convirtiera su camino en un infierno.

Apresuró el paso y llegó al pantano cuando el sol comenzaba a esconderse tras las copas de los árboles a espaldas de la cabaña.

El cielo se teñía de carmín, y las blancas nubes parecían ahora algodones empapados en sangre. Las loras y paujiles buscaban refugio donde pasar la noche, y una familia de araguatos aullaba, allá a lo lejos, entre las ceibas grandes.

Bordeó la laguna con paso apresurado y maldijo los primeros mosquitos que se lanzaron al asalto. Los últimos metros los recorrió a la carrera, y no paró hasta sentirse seguro bajo la protección del mosquitero. Allí se quedó, leyendo a la luz de una vela mientras pasaba la peor hora —la «avanzada»— y una brisa suave y el humo de la hoguera que había prendido ante la puerta comenzaron a dispersar a los insectos sedientos de sangre.

Cenó frugalmente, se lavó en la laguna, ajustó con cuidado la cortina de cañas que dejaba pasar el aire pero protegía de los murciélagos-vampiros, y tras cinco minutos de lectura, apagó la luz y se quedó dormido.

Fuera, las ranas habían iniciado una monótona sinfonía, rota tan sólo por el canto de los «bombarderos», la llamada de amor de una vieja pava, y el gruñido, lejano, de un joven jaguar.

En el aire flotaba el olor del miedo.

No lo traía la brisa, que no soplaba en la quieta mañana. Estaba allí, denso, inconfundible y penetrante, serpenteando a ras del suelo, aferrándose a los troncos de los árboles, las lianas y los zarzales.

Era una pestilencia agria, ofensiva, inconfundible, mezcla de hedor a macho cabrío y hediondez de pocilga.

Era el olor del miedo en la selva, que hacía huir incluso al jaguar y a la anaconda, que lanzaba al agua al cocodrilo y subía a los árboles a hombres y monos.

Eran los cerdos salvajes, «huanganas» o pécaris, que avanzaban en masa, hociqueando ansiosos, devorando cuanto encontraban a su paso, ejército indomable que se protegía a sí mismo con increíble furia, capaz de hacer frente, destrozando y devorar en un instante a cualquier enemigo.

Nadie se atrevía contra el más apetitoso bocado de la selva, e incluso el jaguar y el hombre —sus más temibles depredadores— se lo pensaban mucho antes de iniciar la lucha.

En las márgenes del Pastaza contaban la historia de un cazador que atacó una manada de «huanganas», y buscó luego refugio en la copa de un árbol, esperando paciente a que se fueran. Las bestias cercaron el árbol, montaron guardia y permanecieron allí, hora tras hora, de día y de noche, hasta que, a la semana, el hombre se desplomó, agotado, y lo devoraron vivo.

Era el olor del miedo el que flotaba en el aire, y, sin embargo, hacía tanto tiempo ya que no cazaba una danta, ni un capibara, ni un venado, que los jamones de un pécaris

bien ahumados, colgando del techo de la cabaña, resultaban una tentación demasiado grande.

Avanzó despacio, siguiendo el rastro por el olfato y con el oído atento, hasta que le llegaron —nítidos— los roncros gruñidos de la piara. Trepó a un árbol bajo, y aguzó la vista hacia el claro que se adivinaba, más que verse, unos metros delante. Allí estaban: grises y negros, sucios y ásperos, luciendo sus espantables colmillos amarillentos.

Pastaban junto al río, desenterrando raíces o buscando frutos en la orilla fangosa y cuando uno abrevaba, otro vigilaba el agua, atento a la traidora acción del caimán, o la anaconda que, surgiendo de improviso de las aguas, tratase de arrastrar hacia el fondo al que bebía.

Se bastaban dos pécaris para contener un primer ataque, y a sus chillidos acudiría la manada, que con furor ciego acabaría en pocos instantes con quien osase molestar a uno de sus miembros.

No, no era fácil cazar un «huangana». No bastaba siquiera con matarlo y escapar. Tarea inútil, porque sus hermanos de raza lo devorarían de inmediato, y a su regreso el cazador no encontraría más que un charco de sangre y despojos.

Había que matarlo y llevárselo, pero eso —él lo sabía— no resultaba sencillo.

Meditó largo rato. Luego bajó del árbol y regresó al pantano. Tomó de la choza una gruesa lanza con punta de hierro atada a una larga cuerda —su arma de cazar caimanes— y trepó al frágil cayuco.

Bordeando los manglares penetró por la ancha boca del manso río sin apenas corriente. Remó largo rato, pausadamente y en silencio, hasta que le asaltó de nuevo el agrio olor. Avanzó aún más despacio, y al doblar el recodo, pudo verlos, casi en el mismo punto en que los había dejado, gruñendo y pastando, porque aquélla era toda su vida.

Se tumbó boca abajo en el fondo de la embarcación, aprestó la lanza junto a su costado y, asomando apenas los

ojos y un brazo, remó con la mano, dejando que el cayuco se aproximara a la orilla con la inocencia de un tronco a la deriva.

Un pécarí alzó la cabeza y le observó fijamente con sus ojos amarillentos. Olfateó el aire y se alejó tierra adentro, a continuar hociqueando a la sombra de un gomero. Su vigilante compañero le siguió, y la margen del río quedó momentáneamente desierta.

Aguardó paciente en la quietud del río, tan inmóvil, que quien le viera podría creerle muerto. Miró el alto cielo sin una nube, a las copas de los árboles que se inclinaban sobre la corriente, y recordó el día en que pasara diez horas en una zanja, también mirando al cielo, escuchando aterrado las voces de los «viets» que le buscaban en la espesura.

No entendía sus palabras, pero le constaba que hablaban de su muerte con la naturalidad con que días antes él mismo hablaba de la muerte de un guerrillero sorprendido en emboscada.

Al fin, cansados de buscar, se sentaron a comer a no más de veinte metros de la zanja, en el único claro de la selva. Luego se tumbaron a dormir, y podía escuchar un ronquido acompasado y los largos pasos del centinela.

Se durmió a su vez, y a menudo se preguntó, más tarde, por qué lo hizo. ¿Tan poco le importaba la vida, o era que prefería no ver llegar la muerte? ¡Dios santo! Nadie le había dicho nunca si roncaba.

Había sido el suyo un sueño feliz. Un sueño en el que hacía el amor con Clarence sobre la mesa de la cocina, entre la harina de los pasteles, con el oído atento a los posibles pasos de la vieja, mordiéndose los labios para no gritar.

Despertó como despertaba siempre de esos sueños: con una extraña mezcla de felicidad, decepción y asco.

Y al despertar, ya se habían ido.

No había «viets» en la jungla. No se escuchaban sus voces.